

Of EL SENTIDO DE LA HISTORIA
EN LA OBRA DE PIO BAROJA

Escribe: ALBERTO MIRAMON

Así como Pío Baroja ha sido llamado con razón un clásico de la estirpe de los maestros de la picaresca española, que ha prolongado hasta nuestros días la más clara y definida tradición de la novelística castellana —a pesar de que no ha tenido pretensión o debilidad por el clasicismo—, bien se puede decir también de él que no obstante haber publicado una veintena de obras de tema histórico, ha sido el escritor peninsular contemporáneo de menos pretensión historial.

Sus apasionantes “Memorias de un Hombre de Acción” —conjunto de veintidós volúmenes justos sobre la historia española en la primera mitad del siglo XI vista a través de las aventuras de un personaje opaco y segundón— representan una dilatada labor de estudio y documentación que bien la denota el que siendo Baroja uno de los escritores más abundantes y fecundos de la lengua, gastara así un cuarto de siglo en escribir esta serie. “En el otoño de 1911, y no teniendo otra cosa mejor que hacer, comencé mi labor de investigación que tuvo algunos incidentes graciosos”. A esta labor solo dio remate en 1934 cuando publicó el tomo “Desde el principio hasta el fin”, último de la serie.

En el prólogo de “Aviraneta o la vida de un conspirador”, que en 1931 escribió para la colección de “Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX”, ha contado el mismo Baroja, con gracia un tanto cáustica, los tropiezos con que tuvo que luchar en los comienzos de sus trabajos de investigador. “Cuando comencé a sentir curiosidad por la vida de Aviraneta empecé un trabajo de investigación bastante concienzudo para un mal aficionado”.

En librerías de lance buscó folletos de la época, en almacenes de anticuarios, reliquias; inquirió al mismo tiempo a las

personas que se habían ocupado de cuestiones históricas pidiéndoles informes. Como era de esperarse, nada obtuvo de estas últimas y hubo de darse a esculcar los archivos por sí mismo. Ha sido ésta —confiesa Baroja— una labor un poco de detective. Y sería muy largo, advierte, el contar todos los caminos que he seguido para buscar datos acerca de mi personaje y su época.

A la inversa de los “Episodios” de Galdós, la serie histórico novelesca de Baroja encuentra su unidad en el personaje central y no en la acción, compuesta por una sucesión copiosa de episodios que no llegan a fundirse entre sí. Esta manera literaria es desde luego capaz de desesperar al más benévolo preceptista, ya que falta allí la ordenación clásica de exposición, intriga y desenlace. Pero con todo y estos antagonismos, entre Galdós y Baroja, quien estudie la evolución de la novelística española tendrá que reconocer que la etapa que abrieron los “Episodios Nacionales” la cierran las “Memorias de un Hombre de Acción”.

Como en todas las obras de este escritor vasco, sobresale en sus novelas históricas la penetrante pintura de la realidad, la intensidad extraordinaria de las descripciones hechas con la sobriedad y economía del léxico que ha caracterizado siempre a este escritor original y profundo y, por último, el subyugante interés dramático que da a sus obras un movimiento capaz de suscitar la envidia de los maestros del folletón.

El autor de “Zalacain el Aventurero” no llevó en vano a la reconstrucción histórica su singularísima manera antiliteraria, ese su estilo espontáneo que parece brotar de los hechos sin prestar demasiada atención a la corrección de las palabras, pero que las hace, no obstante, servir mejor a la sugestión del relato, cual si fuera un testigo que escribiera al correr de la pluma. Allí, como siempre, llevado de su inspiración creadora, se muestran sin vanos pulimentos de artista que solo crea imágenes retóricas, seres de cartón, flácidos y sin vida propia; las imágenes de Baroja son seres humanos y escenas de la vida, expresivas fisonomías de verdad que harán que su obra no sea olvidada jamás.

¿Cuál ha sido la concepción histórica de Baroja? Es una pregunta que salta fácilmente al reconocer su doble faz de historiador y novelista y que ya ha tenido respuesta. Azorín, su hermano en la generación del 98, ha contestado con bastante

tino en su libro "Los valores literarios". Apunta allí, primero, la teoría de Alfred de Vigny respecto de la Historia y deduce, en seguida, que la verdad del arte es más verdadera que la verdad real, para seguir, que dada una realidad histórica —la española de la primera mitad del siglo pasado en este caso— el artista puede colocar sobre ese fondo de autenticidad los personajes que en realidad existieron, dándoles, por fuero de la creación artística, una vida más intensa, más verdadera que la auténtica.

A nosotros no nos convence del todo la habilidosa explicación de Azorín; creemos que sería una mala novela aquella que no inventase lo suficiente y una obra de historia deplorable la que, sin fuente documentada, aceptase un solo detalle. La clave de la concepción barojiana de la historia creemos que se encuentra mejor en esta frase del autor de "Vidas Sombrías": "los hechos son los soportes de las ideas y las ideas los motivos y las consecuencias de los hechos".

La realidad buscada por Baroja en sus novelas históricas —sigue Azorín—, es la realidad viva y palpitante que crea el arte. Sobre ese lienzo de realidad histórica el autor de las "Memorias de un Hombre de Acción" construyó el mundo pintoresco de sus figuras. ¿Qué le impotaban unos detalles de más o de menos al artista monumental que esencialmente fue Pío Baroja? Lo único que le ha importado siempre en sus libros es lo mismo que preocupó a Miguel Angel en sus obras gigantescas: la expresión de la vida, el sentido humano de los héroes. Por eso los veintidós volúmenes dedicados a contar la peripecia vital del conspirador don Eugenio de Aviraneta son también la historia de medio siglo del alma y la agitación española. Ellos, mejor que los venerables y fatigantes folios de pesados investigadores, llegarán siempre al corazón e inquietarán los espíritus.